

«las orquestas tienen un decidido carácter bailable, lo cual parece indicar que cuentan con un gran público que quiere expresarse corporalmente por medio del tango. Los clubes deportivos, las asociaciones barriales, los locales alquilados por las radios para sus sesiones de fin de semana, se unen a los espacios tradicionales pero minoritarios del tango el cabaret céntrico, el café para los devotos, las confiterías llamadas para novios y familias»³.

Es obvio que la aceptación del baile tanguero en los 40 no es un fenómeno exclusivamente porteño. En los pueblos y ciudades de la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, son comunes las romerías de la colectividad española y, sobre todo, las grandes kermeses al aire libre, en los meses de verano. En ellas, el tango brilla en un ambiente familiar al lado del pasodoble, el jazz y ciertas hibridaciones capitalizadas por lo que se da en llamar «orquesta característica». Las kermeses suelen realizarse de jueves a domingo en las canchas de básquet de los clubes de la localidad, y en ciudades grandes, como Bahía Blanca o Mar del Plata, suelen reunir entre 600 y 800 personas por velada, a partir de las diez de la noche y hasta las dos de la mañana.

En el momento de mayor actividad dancística, la kermese cita a todas las edades en una pista llena. Ahí están los viejos milongueros de las academias del pueblo, pero también las chicas de trece y catorce años que descubren el placer del baile. A veces hay peleas entre bailarines altaneros, que se trenzan para ver quién baila mejor. Puede haber algún conato de violencia —la del baile es una escena proclive al descontrol—, pero siempre hay algún inspector de pista, miembro de la subcomisión de fiestas, que se encarga de calmar los ánimos o, llegado el caso, sancionar en voz alta a los «alborotabailes» de la zona⁴.

Se ha discutido si el peronismo marca el apogeo o el comienzo de la decadencia del tango, pero es indudable que lo que está en auge es el baile popular, y la música de Buenos Aires encarna la tradición más estable en la materia⁵. No hay barrio porteño que no tenga su club con cartelera de bailes. En Floresta, en Flores, en Villa Urquiza, en Boedo, más o menos lejos del centro, en asociaciones grandes o pequeñas, los vecinos tienen su cronograma de bailes. Y no necesitan irse a bailar al centro.

³ Blas Matamoro. *El tango*, Madrid, Acento Editorial, 1996.

⁴ ¿Es la violencia una constante en la historia universal del baile? Así parecen sugerirlo varias investigaciones. Véase, por ejemplo, el trabajo de Daniel Fabre: «Forjar la juventud en el pueblo», en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (directores): *Historia de los jóvenes. II. La edad contemporánea*, Madrid, Taurus, 1996.

⁵ Cf. Pablo Vila: «Peronismo y folklore: ¿un réquiem para el tango?». *Punto de Vista*, Buenos Aires, abril de 1986.

Los 40 son una época vistosa, de incesantes representaciones de la festividad, con grandes orquestas de bandoneones en fila recta, violines románticos y repertorios inagotables. Una época en la que la cultura popular se nutre de una inventiva poético-musical que no cesa. Es comprensible que el baile sea la mejor escenografía móvil de esa cultura de muchedumbre. Y también se entiende el malestar que los opositores al peronismo manifestarán sobre el final del decenio: aquella imagen de la fiesta nacional multitudinaria es aprovechada por el gobierno para resaltar sus logros y el nuevo estado anímico «del pueblo argentino». Sin embargo, y a diferencia de lo acontecido en la Italia de Mussolini, ni Estado ni partido digitan –al menos directamente– el ocio de sus adherentes. Como ha estudiado Mariano Plotkin, «el Estado peronista no logró establecer un sistema estructurado para organización política de la juventud, como tampoco pudo crear mecanismos formales para la organización del tiempo libre de los trabajadores. Sin embargo, lo que sí se intentó fue la creación de una red de instituciones semificiales destinadas a la generación de patrones de conducta social que contribuirían a tornar difusa la distinción entre el espacio público y el privado»⁶.

El Estado, a veces frontalmente y en otras oportunidades de modo secundario, promueve situaciones de baile, un espacio ideal para entremezclar lo público con lo privado. La abundancia de feriados –viejos y nuevos–, con el legendario «San Perón», son, sin duda, buenas ocasiones para la fiesta y el baile. Otras veces, el incentivo al ocio y el baile proviene de medidas más serias. Por ejemplo, en 1953 el presidente Perón cede a los empleados de Correos unos terrenos de barrio porteño de Agronomía para la creación de un club deportivo y social. Nacerá así el club Comunicaciones, que cobrará celebridad entre bailarines y «público en general» por sus concurridísimos bailes de Carnaval.

Ya al promediar los años 40 se ha establecido una sólida cadena que va del oyente ocasional al bailarín sorprendido en una noche de sábado. De tarde, en algún lugar céntrico, se disfruta por monedas de un continuado de orquestas y solistas, se escuchan los estrenos y las eternas reposiciones. El *Marzotto* –catedral tanguera–, la *Odeón* y las dos *Richmond* figuran entre decenas de confiterías y cafés con orquestas que le tocan casi al oído a cada cliente. Todo ello implica un contacto inmediato con la música.

Junto al lanzamiento mundial del disco de larga duración en 1948, la fonola es uno de los inventos tecnológicos de mayores efectos en los

⁶ Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Barcelona, Ariel Historia, 1994.